

LECCION XIII.

PASION DEL MESÍAS.

Jesús delante de Pilatos. — Es declarado inocente. — Es conducido delante de Herodes. — Llevado otra vez delante de Pilatos, — azotado, — condenado a muerte, — conducido al Calvario, — crucificado. — Ruega por sus verdugos. — Los soldados juegan sus vestidos. — Los judíos le insultan. — Jesús cumple las profecías. — Convierte al buen ladrón. — Muere en medio de prodigios.

Hemos visto que los sacerdotes y los Escribas y toda la multitud reunida en casa de Caifás se habían levantado para conducir á Jesús al pretorio, es decir, á la casa del gobernador romano. Este gobernador ó presidente, que ejercía sobre los judíos la autoridad de Tiberio, se llamaba Poncio Pilatos. Era aun muy temprano cuando llegaron delante del palacio, y un escrúpulo les detuvo en la puerta; la ley que prohibía la muerte de un inocente no vedaba el que se entrase en la casa de un gentil; pero aquellos hombres, cuya religiosidad excedía los límites prescritos, no entraron en el pretorio por temor de mancharse y á fin de comer la Pascua.

Pilatos, pues, salió fuera á ellos, y les dijo: ¿De qué acusais á este hombre? Ellos respondieron: Si no fuera un malhechor no te lo hubiéramos entregado. Hablaba en ellos el odio, y así lo conoció Pilatos, el cual les dijo: Tomadle allá vosotros, y juzgadle segun vuestra ley. Mas los judíos le dijeron: No nos es lícito matar á nadie. Los romanos les habían quitado este derecho, y por su propia confesion reconocian que el cetro había salido de Judá. Hubieran debido reconocer, por consiguiente, que había llegado el que debía ser enviado, el Deseado de las naciones; pero cegados por la pasión, no podían ver ya lo que por su confesion era mas visible que nunca.

Pilatos, cediendo á sus clamores, se determinó, por fin, á juzgar al Salvador, lo cual permitió Dios para que el Mesías muriera en cruz, como estaba vaticinado; porque los judíos, segun la ley, no hubieran podido condenarle mas que á ser apedreado, y deseaban

que fuese crucificado. Principiaron, pues, por acusarle diciendo: Hemos averiguado que este hombre pervertía nuestra nación, prohibía que se pagase el tributo al César, y se daba el nombre de Cristo y de rey. Oyendo hablar Pilatos del titulo de rey, volvió á entrar en el pretorio, donde custodiaban al Salvador, y mandó que se lo presentasen. Jesús pareció delante del Gobernador, que le interrogó diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús respondió: ¿Lo dices eso por tí mismo, ó porque otros te han sugerido la pregunta? ¿Acaso soy judío, replicó Pilatos, para inquietarme tanto por el Cristo y rey de los judíos? Tu nación, tus pontífices son los que te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho? El Salvador le respondió que era rey, pero que su reino no era un Estado político como los imperios de la tierra. Si mi reino fuera de esta especie, añadió, mis oficiales y mis tropas combatirían para que no fuese entregado á los judíos; pero mi reino no es de este mundo.

Pilatos le dijo: ¿Luego eres rey? Jesús le respondió: Sí, lo soy; he venido á este mundo para reinar y para dar testimonio á la verdad. Todo aquel que ama la verdad, escucha mi voz. ¿Qué cosa es verdad? le preguntó Pilatos; y sin esperar respuesta, salió otra vez á donde estaban los judíos y los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: No hallo en él motivo alguno para condenarle. ¿No parece mas bien que hubiera debido anunciarles que le hallaba culpable? Jesús acababa de confesar que era rey, y esto era el crimen de que se le acusaba; pero Pilatos había comprendido que su dignidad real no debía causar recelo alguno á las potestades de la tierra.

Los judíos, á guisa de calumniadores, empezaron á gritar, furiosos al pensar que su presa podía escapárseles: Subleva el pueblo. El Salvador guardó silencio. No le tocaba hablar á él, sino á Pilatos que solo tenía que decir esta palabra: No basta acusar, es preciso probar. Sin embargo, para no estar enteramente mudo en una escena en que debía hacer el papel principal, interrogó á Jesús segunda vez. ¿No oyes, le dijo, de cuántos crímenes te acusan? Pero nada respondió, de modo que el Gobernador estaba lleno de sorpresa.

Pilatos había reconocido la inocencia del acusado, y su deber era imponer silencio á los acusadores y despedirlos con la confesion que merecian; mas no lo hizo. Los enemigos del Salvador comprendieron la debilidad de semejante conducta, y se aprovecharon de ella para alcanzar impetuosamente lo que la conciencia del juez no le

permitia concederles. Por esta razon, sin presentar nuevos crímenes, empezaron á gritar con mas fuerza, diciendo: Subleva el pueblo sembrando su doctrina por toda la Judea, desde Galilea hasta aquí. Al oír Pilatos hablar de Galilea, preguntó si Jesús era galileo, y se creyó libre de su compromiso al saber que en efecto era de la jurisdicción de Herodes, quien hacia poco tiempo habia llegado á Jerusalem, y se apresuró á enviarlo á su presencia.

El carácter de Herodes no se habia cambiado desde que sacrificara la vida de Juan Bautista á la tranquilidad de sus deleites; astuto, corrompido y curioso, sintió la mayor alegría luego que vió á Jesús, porque hacia mucho tiempo que deseaba verle, pues habia oído hablar mucho de él y esperaba verle hacer algun milagro. Así pues, le dirigió varias preguntas; pero Jesús no le dió ninguna respuesta. Los príncipes de los sacerdotes y los Escribas, que veian que el Salvador se libertaria de su poder si accedia á los deseos de Herodes, renovaban en tanto con furor sus acusaciones; y Jesús no respondió tampoco á sus calumnias así como lo habia hecho con las preguntas de Herodes.

El divino Maestro, que se comunica con las almas humildes y puras, tiene horror al orgullo y á la impureza, por cuya razon Herodes estaba bien léjos de alcanzar un milagro de Aquel de quien hasta era indigno de oír una palabra. Herodes despreció, pues, á Jesús, y toda su corte hizo otro tanto; el despecho de ver frustrada su curiosidad hizo que añadiese al desprecio la irrisión y el insulto. Mandó que lo vistieran por mofa con una ropa blanca, y lo envió otra vez á Pilatos con este traje que indicaba un estúpido ó un visionario, ó tal vez un rey de teatro.

Pilatos trató de sacar ventaja de la conducta de Herodes, para apaciguar algun tanto la furia de los judíos, y les dijo: Me habeis presentado este hombre como pervertidor del pueblo, y hé aquí que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en él motivo alguno para condenarle. Herodes tampoco ha encontrado ninguno; y así lo soltaré despues de haberle castigado. El castigo que destinaba al Salvador era el de los azotes, pena dolorosa é infame, á la cual no podia sobrevivir ningun hombre honrado. La esperanza de que los enemigos del Salvador se contentarian con aquel castigo habia inspirado á Pilatos la idea de tal recurso: tal es la proteccion que este cobarde político daba al inocente que queria salvar.

Sin embargo, ya que conociera que este medio no satisfacía aun á aquellos hombres sanguinarios, ya que por un resto de humanidad no quisiera valerse de él hasta el último extremo, adoptó otro cuyo éxito le parecia seguro, pero que no tuvo otro efecto que el de atraer sobre Jesús afrentas y la mas extraña confusión que hombre alguno haya sufrido jamás en la tierra.

Era costumbre que el gobernador romano concediese en las fiestas de Pascua la libertad de un preso, cualquiera que fuese el que se le pidiese; este uso establecido en conmemoracion de la libertad de Egipto habia sido conservado por los romanos, y Pilatos estaba obligado á conformarse con él. Hé aquí cómo trató de sacar partido de este uso: Habia entonces en las cárceles un famoso criminal, llamado Barrabás, el cual era un ladron, un sedicioso y un homicida. Pilatos se dirigió, pues, al pueblo y le dijo: Es costumbre entre vosotros en la fiesta de Pascua que se dé libertad á un criminal; ¿á quién quereis que os entregue libre, á Barrabás ó á Jesús, que es llamado al Cristo?

¡El Hijo de Dios puesto en la misma categoría que un asesino! ¡qué horrible comparacion! Y, sin embargo, ¿cuántos cristianos no la han renovado? Y tú mismo, que lees este relato, ¿jamás has sido culpable de tal delito? Pero cuanto mas odiosa era la comparacion, mas propia la creia el Gobernador para su designio, y esperaba la respuesta del pueblo cuando un mensaje imprevisto la suspendió por algunos momentos. Mientras estaba en el tribunal, su mujer le envió á decir: No te mezeles en lo que atañe á ese Justo, porque muchas cosas he padecido hoy en sueños por causa de él.

Dios, al enviar este sueño á la mujer de Pilatos, tenia por objeto presentar un testigo mas á la inocencia del Salvador, y dar á Pilatos una nueva gracia para sostenerle en el borde de la injusticia en que estaba próximo á caer. Además, tenia la mira de la salvacion de aquella mujer, mas cara para Jesucristo que su propia vida, porque se cree que se salvó la esposa de Pilatos. Autores antiquísimos la llaman Claudia Prócula, y este es el nombre que le dan los griegos en su Menólogo, donde la han puesto en la categoría de los Santos.

En tanto que Pilatos oía al enviado de su mujer, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos enardecian al pueblo, y le persuadian á que pidiera á Barrabás y que se diese muerte á Jesús; de modo

que cuando Pilatos les dijo: ¿Cuál de los dos quereis que os entregue libre? exclamaron todos á una voz: Barrabás. Asombrado Pilatos, que estaba empeñado en salvar á Jesús, les dijo segunda vez: Pues ¿qué queréis que haga de Jesús, el Cristo, el rey de los judíos? Pero todos se pusieron á gritar con mayor furia: ¡Que sea crucificado! Dijoles por tercera vez: Pues ¿qué mal ha hecho? Nada hallo en él que merezca la muerte. Voy á azotarle y á ponerle en libertad. Al oír estas expresiones el fuego se enciende, estallan los gritos, y no se oyen mas que estas funestas palabras: ¡Que sea crucificado!

La sedición amenazaba, y el débil Gobernador no se creyó seguro; viendo que todo era inútil y que hasta el tumulto iba en aumento, mandó que le trajesen agua, y lavándose las manos delante del pueblo, les dijo: Inocente soy de la sangre de este Justo; pensadlo bien vosotros. Pero todo el pueblo respondió: ¡Caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos su sangre! El Eterno oyó esta horrible imprecacion y la ratificó, y hace mas de diez y ocho siglos que esta sangre cayó y permanece, á los ojos del universo, como una maldicion sobre la posteridad de este pueblo infortunado.

Después de la vana ceremonia del lavatorio de manos, ó mas bien, después de haber dado contra sí propio este testimonio ruidoso de la injusticia que iba á cometer, deseando Pilatos contentar al pueblo, dijo que concedia lo que le pedian, y mandó dar libertad á Barrabás, y que azotasen á Jesús, ya para conmovier al pueblo con esta especie de suplicio y lograr que con él se contentase, ya porque estaba prescrito que el reo debia ser azotado antes de ser clavado en cruz. Este suplicio atroz, que llevaron hasta el último extremo, fue seguido inmediatamente de otro, sugerido por el odio de los judíos, ó inventado por la brutalidad de los soldados. Solo derramando lágrimas puede leerse...

Los soldados designados para crucificar al Salvador le llevaron al patio del pretorio y reunieron en torno suyo á toda la cohorte; después de desnudarle, le cubrieron con un harapo de púrpura á guisa de manto real, y le ataron á una columna. Hicieronle entonces, entrelazando espinas, una corona que le colocaron en la cabeza; pusieronle tambien una caña en la mano derecha para que le sirviera de cetro, y acercándose y doblando ante él la rodilla, le decian por irrision: Dios te salve, Rey de los judíos. Y al decirlo,

le hundian las espinas en la cabeza dándole golpes con una caña, y le escupian en el rostro y le abofeteaban.

El Salvador sufrió estos insultos sin quejarse, para expiar en particular los pecados contra la humildad y la modestia; y en esta dolorosa flagelacion fue cuando se convirtió, segun los vaticinios de los Profetas, en el hombre de dolor, cuyo cuerpo desde la cabeza hasta los piés no es mas que una herida.

Los judíos debian, por fin, estar contentos después de tantos tormentos y oprobios, y así lo creyó Pilatos, pues salió otra vez y les dijo: Os van á sacar á este hombre para que sepais que no hallo en él ningun motivo para condenarle. Hablaba aun Pilatos cuando apareció Jesús llevando en la mano su caña, en la cabeza su corona de espinas, sobre los hombros su manto de púrpura, y en la frente y en todo su exterior un dolor modesto, sumiso y generoso. Pilatos les dijo: ¡Ved aquí el Hombre!

Si, vedle tal como le han hecho nuestros pecados; ved en toda su miseria á ese linaje humano de que Jesús no era mas que el representante; vedle cual salió de Adán, y cual seria aun si el Redentor no hubiera echado sobre sus hombros sus crímenes, sus ignominias y su suplicio para libertarle de ellos.

Ante este espectáculo el pueblo calló, y empezaba quizás á sentir compasion; pero los príncipes de los sacerdotes y sus ministros dieron voces desde que le vieron, diciendo: ¡Crucifícale! crucifícale! Engañado por segunda vez Pilatos, les dijo con enojo: Tomadle vosotros mismos y crucifícale, porque no hallo en él delito para condenarle. Los judíos le respondieron: Tenemos una ley, y segun ella debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.

Cuando Pilatos oyó el nombre de Hijo de Dios quedó lleno de asombro; todo le parecia tan grande y maravilloso en su preso, que tuvo miedo de acarrearle, abandonándole, toda la cólera del cielo. Volvió á entrar bruscamente en el pretorio, y dijo á Jesús: ¿De dónde eres? Mas Jesús no le dió respuesta. ¿No me contestas? añadió Pilatos. ¿No sabes que tengo poder para crucificarte ó para soltarte? No tendrías poder alguno sobre mí, respondió Jesús, si no te hubiera sido dado de arriba. Por lo tanto, el que á tí me ha entregado, mayor pecado tiene. Designaba con estas palabras á sus enemigos encarnizados en su pérdida.

La calma y la firmeza de esta respuesta llenaron de turbacion el alma del Gobernador; conocia que Jesús se daba á su nacion por

el Hijo de Dios, y Jesús, léjos de sincerarse de esta acusacion, todo cuanto decia contribuia á corroborarla. Desde aquel instante hizo mayores esfuerzos para libertarle; pero los judíos gritaban diciendo: Si le sueltas no eres amigo del César, porque cualquiera que se hace pasar por rey se declara enemigo del César.

Sobrecogido Pilatos al oír el nombre del César, y viendo á los pontífices dispuestos á hacer de su indulgencia un crimen de Estado, se sentó en su tribunal, colocado en un sitio elevado sobre un enlosado de ricas piedras, llamado en griego *lithóstrotos* y en hebreo *gabatha*. Mandó traer á Jesús, y dijo á los judíos: ¡Ved aquí vuestro rey! Pero ellos gritaban: ¡Quita! ¡quita! crucifícale! ¿Á vuestro rey he de crucificar? dijoles Pilatos; y estas palabras fueron como el último aliento de su espirante justicia. ¡Nuestro rey! respondieron con insolencia los príncipes de los sacerdotes; nosotros no tenemos mas rey que César. Y entonces les entregó Jesús para que hicieran de él lo que quisieran, es decir, lo puso en sus manos para que fuera crucificado. Hé aquí como acabó, despues de haberle declarado tantas veces inocente¹; y hé aquí cómo acaba el cristiano que, dejándose vencer por la tentacion, consiente en el pecado mortal.

Eran cerca de las nueve de la mañana, y apenas fue condenado Jesús, cuando se apoderaron de él los soldados encargados de la ejecucion y le hicieron cuantos ultrajes quisieron. Le quitaron el ridículo manto de púrpura con que acababan de insultar su dignidad real, le devolvieron sus vestidos, y le sacaron fuera para crucificarle. Jesús fué llevando la cruz á cuestas hasta el sitio que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota, que era un pequeño monte inmediato á Jerusalem. Para llegar allí era preciso cruzar la ciudad, de modo que los judíos, que desde la noche anterior perseguian al Salvador, como una bandada de lobos furiosos á un inocente cordero, tuvieron

¹ Pilatos ganó muy poco con sacrificar al Inocente á su ambicion. Cerca de un año despues de la muerte del Salvador se apoderó del dinero del sagrado tesoro para construir un acueducto; el pueblo se sublevó contra él, y Pilatos empleó medios extremos para apaciguar la sedicion. Mayores crueldades cometió aun contra los habitantes de Samaria que se quejaron á Tiberio, por cuya razon fué llamado desde Roma, á donde llegó el año 37 de Jesucristo, en el principio del reinado de Calígula, y fué desterrado á Pavía donde, segun otra tradicion, se mató de desesperacion, dos años despues cerca de Viena en el Delfinado. Así pues, Judas que entregó al Salvador, y Pilatos que le condenó, perecieron con el suicidio.

tambien la satisfaccion de verle llevando su cruz y marchando al suplicio. Pero agotadas ya sus fuerzas y su sangre, Jesús sucumbió muy pronto bajo el peso de su carga, y el verdadero Isaac se vió en la imposibilidad de llevar hasta la cima del monte la leña de su sacrificio.

Como su debilidad podia libertarle del último suplicio, ó retardar al menos el momento tan ansiado por sus enemigos, detuvieron al paso á un israelita de religion, oriundo de Cirene en Libia, llamado Simon, que venia del campo, y le obligaron á que ayudase á llevar á Jesús la pesada cruz que el mismo Hijo de Dios no podia arrastrar. Cristiano que esto lees, ¿no es cierto que envidias al judío extranjero su honroso encargo? Consuélate; aun dura en nuestros dias; nadie hay que en el curso de su vida no tenga ocasion, mas de una vez, de llevar la cruz de su Maestro y de seguirle hasta el Calvario.

El Salvador, con el auxilio de Simon, se halló en estado de continuar su marcha dolorosa hasta la cima del monte. Seguiale una multitud innumerable de pueblo y de mujeres que se daban golpes de pecho y le lloraban con grandes gemidos. Pero Jesús se volvió hácia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí; antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque vendrán dias en que dirán: ¡Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar! Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Ocultadnos y sepultadnos bajo vuestras ruinas; porque si con el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará con el seco? Es decir, si así tratais al Inocente y al Santo, ¿qué deben esperar sus asesinatos? Y olvidándose de sí de este modo y afligiéndose sobre las desgracias de su pueblo, Jesús al llegar á la cima del Calvario fué á ponerse en manos de sus verdugos y á presentarse en la cruz.

Acompañábanle dos ladrones que debian ser crucificados á sus costados. Así lo habia dispuesto la Providencia, para que se cumpliesen las profecias y no faltase á la Pasion ninguna de las circunstancias capaces de poner el colmo á su ignominia.

Luego que llegó, le presentaron para beber vino mezclado con mirra y hiel. Era costumbre dar esta bebida para adormecer algun tanto en el paciente con ella el sentimiento de sus dolores. El Salvador, que destinaba los suyos á la gloria de su Padre y á la salvacion del mundo, se reservó todo su rigor, y despues de haber

probado de aquel vino para sentir su amargura , se negó á beberlo para privarse del alivio que hubiera podido esperar.

Entonces fué cuando el Cordero de Dios, ofreciéndose por sí mismo en sacrificio, se tendió sobre la cruz. Cuatro soldados le traspasaron con clavos los piés y las manos, levantaron la cruz y la dejaron caer bruscamente en el suelo. La sangre brotó á borbotones de sus heridas, y al mismo tiempo crucificaron con él á los dos ladrones, uno á su derecha, otro á su izquierda, y en medio Jesús.

Se habia consumado el deicidio, y solo faltaba vengarle. Jesús no tenia mas que hablar ; y hasta parece que solo tenia que callar para que el rayo aniquilase á los autores y ejecutores de tan enorme atentado. Diríase que casi lo temia, al ver la prisa que manifestaba en precaver este golpe. Apenas estuvo pendiente en la cruz, pronunció esta tierna oracion : ¡Padre , perdónales , porque no saben lo que hacen ! Esta fué la primera de las siete palabras memorables que pronunció sobre la cruz.

Apenas terminaron los soldados su bárbara ejecucion, trataron de aprovecharse de los despojos del Salvador, y dividieron sus vestidos en cuatro partes ; era esto toda su riqueza , y cada soldado tomó su parte. Quedaba la túnica , que era sin costura , tejida de arriba abajo por todos lados. Lástima fuera romperla , dijeron los soldados, y es preferible echarla á la suerte. Tal fué, efectivamente, el partido que tomaron , y así se cumplió aquel oráculo de David : Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes. Durante esta diversion tan digna de cuatro soldados gentiles, los judíos orgullosos estaban ocupados en un cuidado adecuado á su genio. Pilatos habia escrito la inscripcion colocada en la parte superior de la cruz, donde estaba indicada la causa de la condenacion de Jesús en estos términos : JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS. Ofendiéronse por esto los principes de los sacerdotes , y dijeron á Pilatos : No escribas Rey de los judíos , sino que él dijo : Rey soy de los judíos. Pilatos respondió : Lo que he escrito, escrito está ; y los despidió con esta brusca respuesta.

Dios habia dictado á Pilatos lo que habia escrito, y contenia su mano para que no borrarse lo que escribiera. El Hombre-Dios debia reinar por el madero, y al clavarlo en la cruz le habian colocado en el trono, en el asiento de su régia dignidad. Era preciso además proclamarle rey, y un gentil, Pilatos , lo hizo jurídicamente á pesar de la oposicion é indignacion del pueblo judío. Figura admira-

ble de lo que sucedió despues cuando obstinándose estos homicidas en no querer que Jesús reinase sobre ellos , vióse á todos los pueblos del Gentilismo reconocerle no solamente por su Rey, sino por su Salvador y Dios.

Los judíos, rechazados por Pilatos, se vengaron en Jesús y le hicieron pagar bien caro el título de rey que les obligaban á dejarle. Desde aquel momento el Dios crucificado no oyó en rededor de su cruz mas que insultos atroces, burlas amargas, blasfemias é impiedades. Sus enemigos pasaban y repasaban incesantemente bajo sus ojos , y miraban como padecia con una alegría propia de bárbaros criados en los bosques , ó mas bien con la ferocidad que inspiran las pasiones brutales y satisfechas que hacen á los hombres menos sensibles que las fieras.

Unos le abrumaban á maldiciones moviendo la cabeza y diciendo : Tú , el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo : si eres Hijo de Dios, descende de la cruz. Y lo que sobrepuja á cuanto puede imaginarse es que los principes de los sacerdotes , los Doctores de la ley, ancianos con canas , se acercaban á él con ademan de satisfaccion, le miraban con complacencia en medio de sus tormentos , y mezclando sus insultos á los del populacho, le decian : Á otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse : si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz y le creéremos : confió en Dios : librello ahora si le ama.

¡Desventurados ! ¡qué torpemente se engañaban ! El israelita fiel é instruido debia reconocer en la cruz á su Mesías, con tal que este Mesías adorable permaneciera en ella constante hasta la muerte. Si Jesús hubiera descendido de la cruz, se hubiese hecho desconocido, las profecias no se hubiesen cumplido en su persona, y este último milagro que se le pedia hubiera destruido todos los demás.

Á falta de este milagro extemporáneo, obrábase uno á sus ojos capaz por sí solo de probar la divinidad de nuestro Señor, y lo mas asombroso es que ellos eran sus instrumentos. Sus blasfemias , sus insultos y sus movimientos de cabeza habian sido vaticinados por David, y prestaban su ministerio para el cumplimiento literal del vaticinio en la persona de Jesús de Nazareth. Al verme, decia el santo Rey haciendo hablar al futuro Mesías , se han burlado de mí , han movido la cabeza y han dicho : Ha puesto su confianza en el Señor ; que el Señor venga, pues, en su auxilio, si es cierto que se interesa por él , y que lo arranque de las manos de sus enemigos. ¿Quién

no creará, al oír estas palabras, que sus autores habian copiado expresamente las palabras de la profecía para que se cumpliera en toda su extension? ó mas bien, ¿quién dejará de conocer la divinidad de un vaticinio tan literal y perfectamente cumplido?

Añadióse muy pronto á este milagro otro no menos propio para probar el divino poder del que tan indignamente ultrajaban. Los ladrones crucificados á su lado se habian unido á los soldados y á los judíos para insultarle; pero de pronto, mientras uno de estos ladrones blasfemaba contra Jesús, el otro le reprendió y le dijo: ¿Y no temes tú á Dios estando tan próxima tu muerte? Nosotros padecemos por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras; pero éste ningun mal ha hecho. Volviéndose despues hácia el Señor, le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino ¹.

Esta profesion de fe era animosa é interesante, y su precio fué la salvacion del ladron, cuya promesa obtuvo en el acto. En verdad te digo, le respondió el Salvador, que hoy serás conmigo en el paraíso ².

Un objeto más interesante aun para Jesús llamó su atención, dándole ocasion para cumplir uno de los primeros deberes que prescribe la naturaleza, para enseñarnos que no vino á destruirla, sino á perfeccionarla. María, á quien la afliccion mas violenta que se sintió jamás no la habia impedido seguirle hasta el último suplicio, María, la Reina de los Mártires, estaba al pié de la cruz acompañada de san Juan, de su cuñada la mujer de Cleofás, y de María Magdalena. Jesús, pues, al ver á su Madre y cerca de ella al discípulo que amaba, dijo á María: Mujer, hé aquí tu hijo; y despues al discípulo: Hé aquí tu madre.

Á tal despedida solo puede responderse con la obediencia y las lágrimas: María adoptó á Juan por hijo, y en su persona á todos los cristianos, y Juan adoptó á María y la honró como á su madre. Así se ejecutó el testamento del Salvador.

¹ La tradicion da al buen ladron el nombre de Dimas; muchas iglesias están dedicadas bajo su advocacion, y se ha publicado su vida bajo este título: *Riflessioni storiche sù la vita del glorioso san Dima*. In 8.º, Napoli, 1714.

² El paraíso de que habla aquí el Salvador es el seno de Abraham, ó el limbo, que era para los justos purificados un lugar de descanso, y podía ser considerado como el principio de una felicidad. Al bajar á él el Señor esparció la bienaventuranza esencial.

Era cerca de la hora sexta ó del mediodía cuando espesas tinieblas se esparcieron sobre toda la tierra hasta la hora nona, y el sol se oscureció, para que toda la naturaleza participase del duelo de su Autor.

Cerca de la hora nona Jesús clamó con alta y firme voz: *Eloï, Eloï, lamma sabacthani*, lo cual significa: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Estaba profetizado que el Mesías pronunciaria estas palabras. Algunos de los que allí estaban y lo oyeron, decian: Á Elias llama. Sabiendo el Salvador que todos los oráculos que correspondian al Mesías en su Pasion se habian cumplido en él, á excepcion de una leve circunstancia á la cual atinó su penetracion infinita en medio de la multitud de profecias concernientes á su persona, dijo, para que la Escritura se cumpliera sin que faltase un ápice: Sed tengo. Habia allí un vaso lleno de vinagre, y al momento uno de los espectadores corrió á tomar una esponja, la empapó en vinagre, y atándola con hisopo al extremo de una larga caña, se lo dió á beber. Así se cumplieron las palabras de David haciendo hablar al futuro Mesías: Apagaron mi sed con vinagre.

Habiendo tomado Jesús de este vinagre, y asegurándose con una postrera mirada que nada faltaba á su sacrificio, ni al cumplimiento de las profecias, ni á su amor hácia los hombres, dijo: ¡Todo está consumado! Alzando entonces su voz como un hombre lleno de salud y robustez, dueño de conservar la vida ó de dejarla, exclamó con fuerza: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. É inclinando despues la cabeza, espiró.

¡Ha muerto! ha muerto! y es nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro amigo, nuestro hermano! Ha muerto, y ¿por quién? Ha muerto, y ¿por qué causa?

Oracion y propósito.

Dios mio, que sois todo amor, llorando al pié de vuestra cruz renuevo de todo mi corazon el propósito de amaros sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor vuestro.